

## Morteros en rocas y otras superficies de ausencias en tiempos pre-coloniales en las Sierras de Córdoba, Argentina

*Mortars on rocks and other surfaces of absences in pre-colonial times in the Sierras de Córdoba, Argentina*

Andrés Laguens <sup>a</sup>

<http://orcid.org/0000-0002-1367-3242>

Mauro Fernández <sup>c</sup>

<http://orcid.org/0000-0003-2010-3237>

Benjamin Alberti <sup>b</sup>

<http://orcid.org/0000-0001-8180-4139>

### Resumen

Las rocas con cavidades, morteros o cúpulas son una constante en el paisaje arqueológico de los ríos y arroyos serranos de Córdoba, Argentina, sobre las cuales se han planteado diversas interpretaciones que ponen de manifiesto múltiples dimensiones y posibilidades de esta clase de objetos. Nos centramos en el caso particular de dos grandes rocas con 46 y 44 cavidades respectivamente, que se destacan en

### Abstract

Rocks with cavities, mortars, or cupules are a constant in the archaeological landscape of rivers and streams in Córdoba, Argentina. Interpretations to date reveal multiple dimensions and possibilities of this type of objects. We focus on the particular case of two large rocks with 46 and 44 cavities, respectively, which stand out on the upper section of the Soto River, northwest of Córdoba. An analysis of their properties, distribution,

a Instituto de Antropología de Córdoba - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Universidad Nacional de Córdoba; Av. Hipólito Yrigoyen 174, Córdoba (CP 5000), ARGENTINA. Correo electrónico: andreslaguens@gmail.com.

b Department of Sociology and Criminology - Framingham State University; 100 State Street, Framingham (MA 01701), E.E.U.U. Correo electrónico: balberti@framingham.edu.

c Instituto de Antropología de Córdoba - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Universidad Nacional de Córdoba; Av. Hipólito Yrigoyen 174, Córdoba (CP 5000), ARGENTINA. Correo electrónico: mauro.fernandez@mi.unc.edu.ar.

*Recepción del manuscrito: Febrero 8, 2023 / Aceptación: Septiembre 4, 2023.*

el tramo superior del río Soto, NO de Córdoba. Se presenta un análisis de sus propiedades, distribución y relaciones físicas, buscando entender este registro arqueológico desde su propia materialidad y características, y cómo ella se encadena con otras manifestaciones materiales locales, personas, prácticas, lugares y tiempos. Entendemos que estas distintas manifestaciones en sí, y también como formas de hacer, habitan un espacio de relacionalidad vicaria a las prácticas humanas, donde se entrelazan en un juego de referencias mutuas, que ponen en realce ciertos modos locales de entender y devenir en el mundo. Modos vinculados con ciertos principios relacionales en las interacciones entre las personas, las cosas y el mundo, que giran en torno a las nociones de inestabilidad crónica y la vigencia de prácticas socio-materiales congruentes con cosmologías nativas sudamericanas, como el perspectivismo.

**Palabras clave:** Morteros; Ontología; Perspectivismo.

and physical relationships is presented, in which we seek to understand this archaeological record from its material characteristics and connections to other local material manifestations, people, practices, places, and times. We argue that the cavities, both as physical presence and as ways of doing, inhabit a space of vicarious relationality in relation to human practices, with which they are intertwined in a game of mutual reference. As such, they highlight specific local ways of understanding and becoming in the world that are linked to relational principles that guide interactions between people, things, and the world. These principles include the notions of chronic instability and the currency of socio-material practices consistent with native South American cosmologies such as perspectivism.

**Keywords:** Mortars; Ontology; Perspectivism.

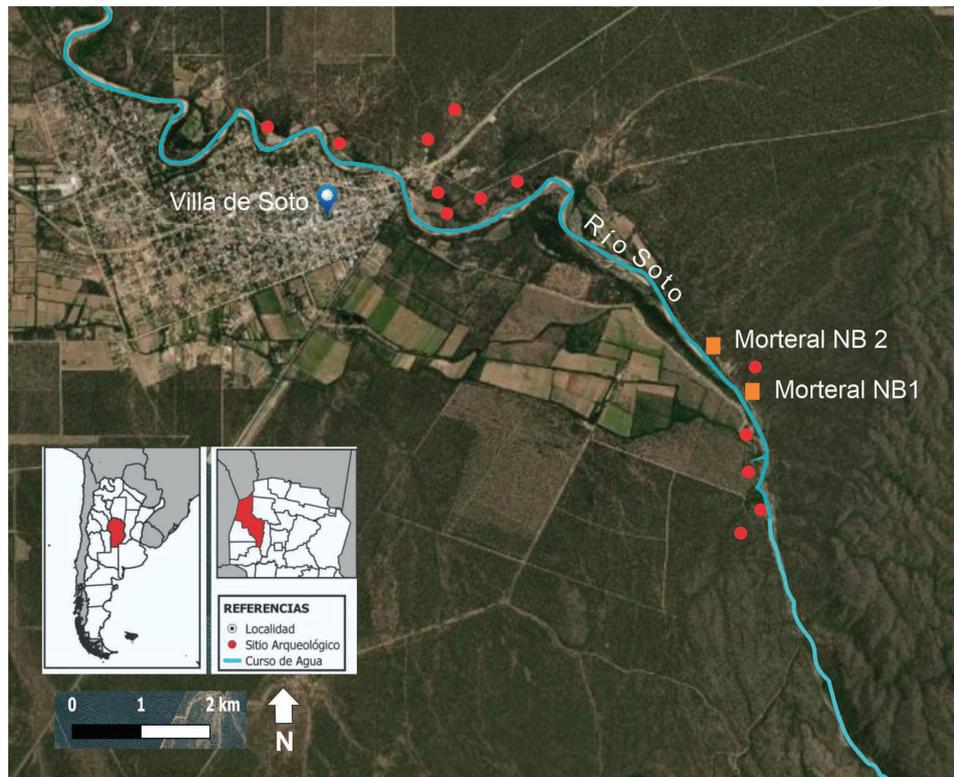
## Introducción

Las rocas con cavidades, cúpulas o morteros, son una constante en el paisaje arqueológico de los ríos y arroyos de la región serrana central de Argentina, así como en otras regiones del país, y sobre los cuales se han planteado diversas interpretaciones por parte de diferentes autores, que ponen de manifiesto múltiples dimensiones y posibilidades de esta clase de objetos. El caso particular que nos interesa analizar aquí es el de dos grandes rocas a la vera del río de Soto, sobre su margen derecha, muy próximas una de otra, y que se destacan en el paisaje por su emplazamiento, color, tamaño y por presentar en su superficie dicha clase de vestigio arqueológico: cavidades de diferente tamaño y profundidad, sin un orden aparente, y que llaman la atención por su cantidad (46 en un caso y 44 en el otro). Esta misma clase de rocas con igual tipo de intervención humana son comunes en distintas localidades de las sierras cordobesas, así como en otras regiones del Oeste de Argentina y de Chile (Giovannetti, 2009; Guraieb et al., 2016; Páez et al., 2020; Pastor, 2015; Ponzio, 2018; Rocchietti, 2012, entre otros), compartiendo varios aspectos en común, no solo en cuanto a la presencia de numerosas cavidades, sino también en cuanto a sus emplazamientos y espectro de situaciones (tales como hallarse en relación a cursos de agua y a vías de tránsito, o a sitios con arte rupestre, o bien en proximidad a asentamientos, tanto al aire libre como en abrigos o cuevas).

El caso particular que nos ocupa aquí se vincula con sociedades pre coloniales (esto es, unos siglos antes de la invasión española en el siglo XVI) en la región de Chihimi Sei, en la actual Villa de Soto, en el Noroeste de la Provincia de Córdoba, Argentina (Figura 1). Allí estamos estudiando, desde distintas miradas y vías de relación, a los grupos prehispánicos de esta región en particular en la escala de la vida diaria, de la cotidianidad de las prácticas materiales que, en su repetición, acumulación y sucesiva modificación en eventos puntuales, breves, a la vez ponen en escena estructuras, formas de entender el mundo y formas de hacer las cosas de mucha más larga duración (Laguens et al., 2022). Justamente creemos que este tipo de materiales, como esta clase de rocas intervenidas, son una oportunidad para el acceso a dichas dimensiones.

Pero, como sucede con todas las cosas, sostenemos que su materialidad nos excede: son más que mera materia o unas grandes piedras que hoy nos resultan aparentemente inertes. Estas rocas se nos presentan como un reto y, a la par, como una vía de entrada –o invitación– para intentar entenderlas por lo que son: como cosas, en sus contextos, en su dinamismo y fluidez en las múltiples relaciones que mantuvieron con las personas, y con otras cosas de su medio, a lo largo del tiempo. Creemos que quizás su clave justamente resida en esa materialidad en exceso: son difíciles para pensar, para entender; nos cuesta captarlas del todo como cosas y objetos; sin embargo, sus características, su masividad, su corporeidad, sus formas y sus relaciones con el entorno, nos atraen, nos atrapan, nos

**Figura 1:** Región de Villa de Soto, con ubicación de sitios arqueológicos (puntos rojos) y morterales (cuadrados de color naranja).



desafían a entender qué son o qué eran. Hablar de estas rocas como morteros resulta tan complejo como hablar de paisajes en arqueología: por las múltiples dimensiones implicadas, la multiplicidad de relaciones, por el juego entre lo dado y lo modificado, en el espacio convertido en un espacio de prácticas, de relaciones entre humanos, el medio y otras entidades que lo habitan, junto a memorias, significados variables y, todo ello, entrelazado en temporalidades de variadas duraciones, entre otras dimensiones en juego. Sin duda es una materialidad que, quizás de similares maneras, también haya excedido a las personas y grupos de personas del pasado, participando activamente en relaciones con ellas, y quienes, en sus propios modos, sin duda también catalizaron esa vitalidad de la roca en términos de sus mundos. Cabe aclarar que desde esta aproximación no intentamos buscar una explicación de su función, ni deseamos las propuestas interpretativas de diversas

autoras y autores (algunos ya mencionados arriba, así como, además, Babot, 2017; Troncoso et al., 2017), sino que, justamente, las tomamos como parte de las múltiples dimensiones y posibilidades de esta clase de objetos, y que no necesariamente son mutuamente excluyentes. Pudieron haber sido usados efectivamente para molienda, como lugar de reunión comunitaria, pudieron haber tenido un uso ritual, ser un reflejo astral, ser una manifestación artística, tener diferentes significados, todo lo cual pudo haber tenido vigencia tanto simultáneamente como alternativamente o sucesivamente en distintos momentos. Por ello, nos interesa aproximarnos desde una perspectiva no representacional, en el sentido que estas piedras con cavidades no son algo determinado, una sola cosa, sino que se configuran como cosas distintas al entrar en relación con las personas y ensamblarse a su vez con otras entidades (Laguens & Fernández, 2022).

También su presencia material excede los tiempos, atravesando y trascendiendo la vida de las personas que coexistieron con ellas (y hasta las de nosotros mismos). Su gran durabilidad y presencia material pudieron actuar (y actúan) para anclar materialmente, en un espacio fijo y aparentemente estable, diferentes formas de estar en el mundo (Laguens, 2020; Laguens et al., 2021). Esta propiedad de alta irreversibilidad, característica de este registro material, además de sus posibilidades funcionales, les confiere también una cualidad de memoria material (Olivier, 2011). Asimismo, es una duración que, por su misma materialidad, hace de estas rocas objetos difíciles para datar, así como ambiguas para contextualizar o relacionar con un grupo humano en particular. E, incluso, hasta ambiguas para denominar, con significados que también nos exceden<sup>1</sup>. Pero cabe señalar que todas estas propiedades, si bien las tornan ambiguas y difíciles de interpretar, a la vez, se tornan centrales, no como un obstáculo para analizarlas, sino más bien como una cualidad a comprender. En cierto sentido, tienen su propia fuerza, vitalidad, su propia capacidad de encantamiento (en términos de Gell, 1998), o de fascinación. Esto las hace activas, productivas, dotadas de una causalidad material, que hacen que produzcan efectos, tanto en el pasado como en el presente (como veremos más adelante). Como sostienen Coole y Frost (2010), se puede decir que se trataba, y se trata, de “una materialidad que materializa”.

Y una de esas materializaciones fueron los huecos u oquedades en la masa rocosa de su cuerpo, las que hoy las conforman como morterales. ¿Cómo participó esa vitalidad en el hecho de hacer morteros?, ¿cómo se influyeron y articularon las rocas y las personas entre sí en esa interacción? Una interacción que, en realidad, es más que un hacer: es producir un nuevo fenómeno al dotar a las rocas de nuevas propiedades, de oquedades, al incidir sobre ellas con marcas irreversibles, que han de durar tanto como dure la roca misma, y que, a su vez, también en cierta manera “marcan”, modifican, afectan a las personas. También es más que las propiedades de las rocas y las personas se afecten entre sí: es un encuentro que perdura en una nueva composición, en otro objeto. En éste, personas y rocas, como

sostiene Harman (2005, 2007), se funden, fusionan y descomprimen en un espacio común compartido, pero en el que todas las partes solo están parcialmente presentes o ausentes, ya que nunca se involucran la totalidad de ambas –y menos aún en una materialidad que excede– sino solo cierto rango limitado de sus cualidades. Hay así una causalidad que es vicaria (Harman, 2018) a los elementos que participan, a las rocas y a las personas, y que no se encuentra en particular en ninguna de las partes, sino en la relación. Se trata de algo que es “vicario” porque las cosas no están solo constituidas por sus relaciones: hay algo, según Harman, que pertenece a un objeto que excede todas las relaciones y nunca entra en contacto con otro objeto (ya sea humano o cosa). No todo lo relacionado con un objeto se agota en un encuentro. Por ejemplo, el fuego y el algodón establecen claramente un tipo particular de relación en la que la inflamabilidad del algodón y el calor del fuego son sumamente relevantes. El fuego surge como algo caliente; el algodón como algo que arde. Pero esto no tiene nada que ver con el color del algodón o el consumo de oxígeno del fuego. La causalidad es vicaria, además, porque los objetos sólo se afectan entre sí a través de sus cualidades sensibles, no directamente. No es que las personas actúan sobre una roca inerte cuyas propiedades facilitan la fabricación de morteros, y la intención y acción humanas causan que una roca termine teniendo morteros, sino que algunos elementos de ambas partes se ven involucrados y fusionados activamente en la generación de una nueva entidad, la roca con morteros (y personas). La nueva composición formada es momentáneamente una fusión de los dos aspectos, o roca y persona, que son relevantes para el encuentro; después de lo cual, la roca independiente y las personas siguieron adelante, cambiaron.

La pregunta es ahora entonces, ¿cuáles fueron esos elementos que participaron y cómo se vieron involucrados en esa causalidad vicaria cuya materialización son las piedras con morteros? Para ello vamos a encarar el tema desde dos vías de entrada: primero, por la materialidad de la roca y las relaciones con ellas, incluyendo las prácticas involucradas y sus lógicas; segundo, por una aproximación a la posible ontología nativa de la roca y el mundo.

### **Los morterales de Chihimi Sei**

Ambas rocas con múltiples morteros (sitios NB 1 y NB 2) o “morterales” (Figura 2) se hallan sobre la margen derecha del río de Soto a la altura de la zona conocida como La Toma, unos 5,5 km aguas arriba desde el pueblo.

Como es sabido, es muy difícil establecer la cronología de esta clase de objetos. No sabemos si las prácticas de fabricación y uso de los morterales se remontan a momentos de un modo de vida cazador y recolector, aunque es probable que su uso más generalizado se haya dado a partir de la intensificación y diversificación general que se da a partir de

inicios de la era Cristiana, junto con el incremento de los objetos de piedra pulida (Laguens & Bonnin, 2023). A pocos metros de una de estas rocas hay un sitio con cerámica en rojo sobre ante, similar a algunas de la zona de Mar Chiquita en el NE de Córdoba, cuya morfología remite a afinidades con alfarería de Santiago del Estero, o incluso del NOA, y otros estilos que resultan concordantes con la cerámica de los sitios conocidos en el resto de las sierras y llanuras, datados alrededor del siglo XV o XVI (Berberían, 1984; Laguens, 1999). Eso hace pensar en que se trata de asentamientos precoloniales, e incluso podrían llegar a corresponder a momentos de coexistencia con los españoles

**Figura 2:** RNB 2, a) vista general de su entorno; b) detalle de huecos; c) vista parcial.



Es difícil saber si los morteros fueron hechos de a poco, progresivamente y de este modo resultaron acumulados en la misma roca en un tiempo largo, o bien si responden a una manufactura relativamente breve de todo el conjunto. Si bien ambas temporalidades –la de su duración o cronología y la de los eventos de fabricación– son imposibles de saber, es interesante pensar que en algún momento todos los morteros llegaron a ser coetáneos para la gente. En función de ello, y para el lapso temporal que nos ocupa, inmediatamente anterior a la invasión española, partimos de considerar su contemporaneidad para ese momento, y que las consideraciones que hacemos son válidas para ese tiempo, sin poder afirmar con mayor investigación si también lo fueron válidas con anterioridad o para otros modos de vida previos.

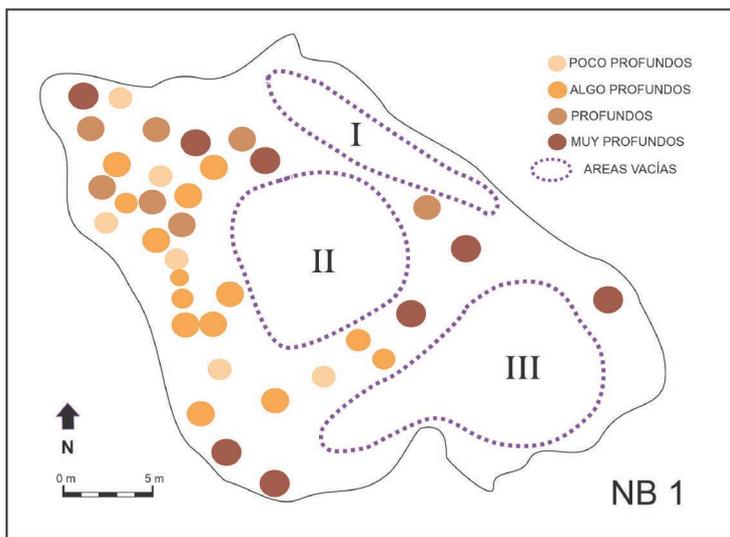
Se plantea otro problema al momento de considerar estas piedras con morteros fijos como sitios o no, en cuanto a aislarlos como una unidad o bien agregarlos con otros sitios como parte de una misma organización del espacio de asentamiento y de desarrollo de la vida. Esta forma de organización del espacio era característico de las sociedades indígenas de Córdoba para la misma época, organizados en una red de múltiples sitios enlazados, u organización multi-sitios, con distintas frecuencias, funciones y modalidades de uso, pero todos integrados coetáneamente en una misma unidad de espacio de hábitat (Laguens & Bonnin 2023). También un tema complicado es establecer cuál es el contexto de estos morteros. De hecho, se trata de un tipo especial de contexto: se trata de un contexto uni-objetual y que difícilmente sufra procesos postdeposicionales que afecten sustancialmente su registro.

En cuanto al trabajo de campo, se hicieron croquis y se levantaron planos de distribución de cada hueco con coordenadas espaciales y se registraron los diámetros máximos y mínimos de cada uno, así como su profundidad y volumen en ml (Figuras 3 y 4).

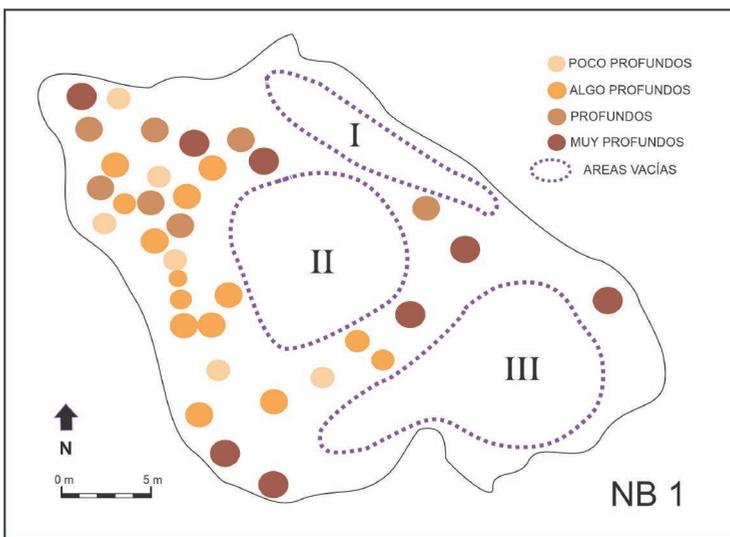
En el gabinete se aplicaron técnicas estadísticas descriptivas, análisis uni y bivariados, análisis de correlación y del vecino más cercano, con el fin de buscar regularidades en cuanto a forma, distribución y propiedades generales, tanto de los morteros en sí como de su relación con las propiedades de las rocas. Los resultados obtenidos se pueden consultar con mayor detalle en otro trabajo (Laguens & Fernández, 2022), y solo destacamos algunas consideraciones a partir del análisis de los datos y las observaciones en el campo en los términos que planteamos al inicio. Así, señalamos que respecto a:

(a) *La accesibilidad de las rocas*: éstas se hallan en continuidad con el terreno circundante, y las mismas rocas se extienden hasta el talud donde hay sitios habitacionales en la parte alta. Es clara la selección de estos sectores con estas grandes rocas, incluso cerca del agua y, en algunos casos, casi “cayéndose” dentro de ella. En cierto sentido, las rocas “invitan” a acceder a ellas sin limitaciones. Por su parte, la proximidad de ambas rocas entre sí y la exclusión de otras rocas cercanas con iguales propiedades para hacer morteros, sugieren cierto carácter especial de estas dos.

**Figura 3:** Croquis de la distribución de los morteros en NB1, indicando con colores las profundidades relativas y agrupamientos con líneas de puntos.



**Figura 4:** Croquis de la distribución de los morteros en NB2, indicando con colores las profundidades relativas y agrupamientos con líneas de puntos.



(b) *La distribución de los morteros y los espacios vacíos*: notamos una intención del emplazamiento de los morteros en las partes más altas de las rocas, dejando los espacios más deprimidos como áreas sin morteros. Son áreas deprimidas donde corre el agua de lluvia (Figuras 3 y 4). Desconocemos si se trata de una cuestión funcional, ya que con la lluvia todos los morteros se llenan de agua, o si la topografía de la roca pudo incidir en la decisión del lugar de la fabricación de cada hueco. Nos preguntamos si ellos responderían a alguna lógica o fueron las posibilidades que brindaba la propia materialidad de la roca, con su topografía, grietas o fallas, protuberancia u oquedades naturales, que, de alguna forma, interactuaron con quienes hicieron las cavidades, incidiendo en la relación entre esas personas y la roca en el emplazamiento, profundidad y forma de los morteros.

(c) *Formas y profundidades*: los morteros mejor delimitados son justamente los más profundos. ¿Una cuestión de temporalidad de su fabricación? ¿Variaciones de formas por uso o desgaste diferencial? En NB1 es claro el emplazamiento seleccionado de los morteros más profundos, y en NB2 la presencia de uno profundo por cada agregado espacial. Del resto, algunos incluso parecen “ensayos” de morteros: a medio hacer, sin terminar, subcirculares u ovales, someros o poco profundos (Figuras 3 y 4).

(d) *Técnica de manufactura*: posiblemente en algunos casos pareciera haber una delimitación previa de un diámetro mayor y uso posible de la técnica de desprendimiento inicial por percusión y luego por piqueteado (Adams, 2014; Schneider & Osborne, 1996), particularmente en el caso de NB2 donde su producción y morfología se aprecia más estandarizada en todo el conjunto, a diferencia de NB1.

(e) *Respecto a sus profundidades y posibles estadios de manufactura*, surgen otra serie de preguntas: en el caso de los huecos menos profundos ¿se trata efectivamente de morteros en transición hacia una forma final?, ¿o esta modalidad es parte de una dinámica fluida de la relación con estas rocas, que nunca se trata de una forma final, sino que es parte de un devenir de las relaciones de las personas con esta materialidad? Incluso, ¿hasta qué punto la roca se impuso sobre la gente habilitando o restringiendo las posibilidades de tornarla completamente en algo finalizado como un morteral?

## Haciendo huecos

Si ahora analizamos estas rocas desde el punto de vista del registro arqueológico, éste remite inmediatamente a las prácticas de manufactura de los huecos y las de sus usos posteriores como morteros que, de alguna forma, fueron dando significados a estas rocas como lugares en el paisaje, estableciendo conexiones entre personas, cosas, tiempos y espacios. Pero, más allá de los posibles significados y funciones –que dejamos en suspenso, como ya dijimos– nos interesan las conexiones y el entendimiento de las lógicas relacionales puestas allí en juego.

En cuanto a su manufactura, la idea de hacer algo por remoción, de producir un vacío, un hueco, es una forma de crear a partir de incidir sobre la materia para generar espacios vacíos (que de hecho luego tienen la capacidad de alojar). En definitiva, se trata de generar ausencias que definen otras, o nuevas, presencias<sup>2</sup>. Notablemente es una lógica que la encontramos en otros elementos de las sociedades precoloniales de la región, donde otras cosas también eran producidas mediante extracción, removiendo materia y generando espacios vacíos, para tornar diversos materiales en objetos. Se trata de cosas, a su vez, relativamente durables y varias de ellas con capacidades de contener y transformar.

Uno de estos elementos son las viviendas, algo tan estructural en las vidas de las personas. Son características de estas sociedades lo que se conoce localmente como casas-pozo: unidades subterráneas cavadas en la tierra, con techumbre de troncos y pajas. Su forma es rectangular, de tamaño suficiente para albergar varias personas, y se hallan agrupadas en aldeas, con un número variables de unidades. En las excavaciones arqueológicas (Berberían, 1984; Medina, 2015) se suelen hallar los huecos de los postes que sostenían las techumbres, y objetos cerámicos, líticos tallados y artefactos óseos, los que remiten a actividades domésticas y cotidianas. También en su interior se hallan enterratorios humanos. La documentación etnohistórica del primer encuentro de los españoles con estas sociedades las describe señalando que “son bajas las casas que la mitad de la altura que tienen está debajo de la tierra y entran a ellas como a sótanos” (Relación Anónima, 1998, p. 122), formando aldeas de hasta 40 casas. Es muy interesante que, en un pleito de 1594 entre indios y encomenderos, se habla de “hoyos” por las viviendas nativas<sup>3</sup> (Piana, 1992). Un hecho llamativo es que, tanto en esa obra como en otros documentos de la época, se menciona que dichos poblados no se distinguían en el paisaje ya que, al estar enterradas las casas, solo se veían los techos, los que se confundían con el paisaje, pudiéndose identificar los poblados a lo lejos solo por los maizales<sup>4</sup>. Al respecto, Díaz de Guzmán en 1571 relata que Francisco de Mendoza, “llegó a los comechingones, que son unos indios naturales de la provincia de Córdoba que viven bajo de tierra en cuevas que apenas aparecen sus casas por afuera” (Piana, 1992, p. 239).

Encontramos una similitud entre esta cualidad de baja visibilidad de las casas al estar enterradas y la posibilidad de percepción de los morterales a la distancia. De manera análoga, la cualidad de rocas que han sido intervenidas con morteros también solo se pone de manifiesto en el momento de relación directa, física y sensible con ellas, pues los rasgos de las cavidades solo se aprecian estando muy cerca, o bien en o sobre las rocas, no a la distancia. Como rocas, de hecho, se destacan desde lejos por su masividad y diferencia de color con el terreno circundante, usualmente bastante llano, y convocan así la atención; como morterales, son invisibles a lo lejos. Tal como las casas, están dotadas de lo que podría considerarse una monumentalidad, en tanto acumulan historia, procesos y memorias, y

pueden ser lugares de referencia compartidos, pero su transformación como tales se realiza por la extracción, por quitar y no por acumular materia: es una monumentalidad “oculta”. El paisaje parece así no modificado, cuando en realidad efectivamente lo está.

La toponimia es otra fuente de aproximación al tema, en particular aquella de la zona de estudio. Cerca de ésta se ubica un lugar denominado Toco-Toco, para lo cual hay distintas interpretaciones. Dado que de las lenguas originales solo se conocen algunos términos, Serrano (1945) plantea su relación con el aimara (*ttokko ttokko*) que justamente significa “tierra de muchos hoyos”; en quichua “*t'uqu*” es “hueco”, “cóncavo”, aunque *taku* es algarrobo y la zona se conocía también como “de los algarrobales”. Este autor plantea relaciones también con el cunza, donde toco es “quebrada y hondura” (Serrano, 1945, p. 321). Montes, en su trabajo sobre toponimia autóctona de Córdoba (Montes, 1950, p. 113) considera que significa “los hoyos”, o bien “hoyo del algarrobo”.

Encontramos en toda esta documentación no solo la presencia de la idea de lo subterráneo, de lo escondido, de hoyos y pozos –que se confirma arqueológicamente– sino que se destaca el hecho que sean elementos usados para la caracterización de los pueblos originarios locales, utilizándolos como un elemento identificatorio, en tanto algo que llamó la atención de los españoles y es parte de su descripción y comunicación a otros para su tipificación como Comechingones<sup>5</sup>.

Mencionamos arriba el entierro de humanos en pozos dentro de estas mismas casas, usualmente de manera individual, que no solo se menciona en los documentos, sino que se halla también en el registro arqueológico. Si bien la práctica de entierro en cualquier lado del planeta implica cavar un lugar donde depositar a los muertos, aquí resulta además interesante no sólo que estén dentro de las casas, conviviendo de cierta manera en su hoyo en las casas-pozos u hoyos de los vivos, sino además la particularidad que las tumbas no muestran ningún señalamiento superficial, ni marca ni señal duradera, salvo contadas excepciones. De hecho, en las excavaciones los entierros aparecen sin anticipación. Vamos a considerar más adelante este efecto de invisibilización, de no estar, pero, a la vez, de efectivamente estar (un poco como las viviendas en el paisaje y los morteros en las rocas). El mismo efecto se encuentra en casos de entierros aislados fuera de las viviendas, así como enterratorios de infantes en urnas, cuyos hallazgos hoy siempre son casuales, sin marcas en superficie que señalen su presencia.

La idea de hoyos en la tierra también se encuentra en documentos etnohistóricos y en el registro arqueológico en relación a pozos de almacenamiento subterráneos (Laguens, 1993, 1999), de uso muy común en el sector norte y oeste de la región. Otras interpretaciones de su funcionalidad sostienen que pudieron estar vinculados con el almacenamiento y descontaminación de agua (Heider, 2020). Se trata de silos en forma de campana, de aproximadamente 70 cm de profundidad y 80 cm de diámetro máximo

en las bases, realizados cavando un pozo en la tierra y cuyas paredes eran revestidas con barro, con una cocción leve de las paredes realizada dentro del mismo pozo, y cuyo fondo es marcado por acumulaciones de cenizas y carbón que se funden con el suelo, probablemente producto de la misma cocción de las paredes, y no por hallarse una base definida de material. Estas estructuras subterráneas se presentan tanto en poco número en los sitios de vivienda, o en grandes conjuntos de cientos de ellos en área destacadas entre sitios de asentamiento. En su interior se han hallado semillas carbonizadas de algarrobo y, en algunos casos, huesos de fauna, así como en uno de ellos, una mano humana, lo cual muestra que su función primara pudo ser luego redefinida o que ofrecían un espectro diverso de posibilidades. El mismo tipo de estructuras subterráneas se encuentran a través de una vasta área del país (Norte de Córdoba, San Luis y Santa Fe, y Sur de Santiago del Estero). Específicamente para esta misma área de Toco-Toco, el Padre Bárzana en 1594 relata que era costumbre recolectar grandes cantidades de algarroba y almacenarla en grandes depósitos<sup>6</sup>. Es interesante pensar cómo la idea de extraer, de hacer oquedades o huecos en la tierra, también se usa para conservar, para cuidar las cosechas: se cava, se las pone bajo tierra en pozos, se las cuida con el calor de las paredes, tostando las semillas e incorporando carbón y cenizas (incluso en casos etnográficos de Santiago del Estero se las protege de alimañas intercalando hojas de atamisqui (*Capparis atamisquea*), un arbusto con propiedades repelentes de insectos) (Laguens & Bonnin, 1987). Es decir, mediante el entierro, se cuida lo cosechado o recolectado hasta que sea el momento oportuno para usarlo. En sí, el ciclo de vida de estos bienes alimenticios termina desarrollándose bajo tierra, dentro de ella y ocultos a la vista, al igual que la vida cotidiana en las casas, o la de los muertos que se cuidan cotidianamente en las casas bajo la tierra.

También una práctica común en la zona, así como en otras regiones del Oeste de Córdoba, es el uso de cavidades en grandes bloques graníticos de formas redondeadas (*taffoni*) para realizar pinturas rupestres. Se trata de grandes oquedades, usualmente no visibles a lo lejos, a veces de difícil acceso, que albergan mayoritariamente pinturas de animales locales y algunos motivos abstractos, con muy baja presencia o directamente una marcada ausencia de la figura humana (Ochoa, 2009; Recalde, 2009). Y si bien en este caso no se trata de cavidades artificiales, es notable cómo se buscaban bloques con esas propiedades, con oquedades ya hechas de manera natural. Es interesante señalar que, en algunos casos, se hallan figuras que han sido repintadas, como con una intención de duración o conservación, en una actitud de cuidado. Esta selección de espacios ahuecados contrasta con las pinturas rupestres del Este de la región, donde se utilizaban muchas veces aleros de mayor visibilidad, como es el caso del Cerro Colorado. Dicho contraste se halla también con los petroglifos de la región, realizados sobre paredones más visibles (Figura 5). Y si bien, al contrario de las pinturas cuyo efecto se logra por acumulación, en estos

casos, de manera interesante, las figuras se logran también mediante técnicas de remoción de materia de la roca base mediante piqueteado. Es decir, el motivo se logra por lo que ya no está, transformando la superficie en un área ahuecada, hundida al tacto, y con efecto en negativo a la vista, dado por el juego entre la figura desgastada y el fondo original, en un bajorrelieve. Cabe señalar que estos petroglifos también son de baja visibilidad, y sólo se aprecia que los bloques están grabados al acercarse a corta distancia, de 5 a 10 m (Recalde & Pastor, 2012).

**Figura 5:** Petroglifo la localidad de Ampiza, Córdoba (Tomado y adaptado de: Fundación Universitaria Gestión Humana, 2015).



En cierta forma, todos estos elementos en el paisaje, caracterizados por lo ahuecado, lo vaciado, se sustentan en lo subsuperficial –desde los morteros, a las casas pozos, los silos, las tumbas y los petroglifos. Y, a su vez, son todos elementos de baja visibilidad, que aparentan ausencia de presencia o de modificación aparente, que terminan conformando un paisaje humano que, por poco, resulta casi oculto. Es un paisaje que se marca por

extraer y no por eruir, un paisaje generado bajo tierra, bajo superficie. Un paisaje que –si aun así lo es en los términos teóricos habituales– podría considerarse como casi invisible.

### *Otros objetos*

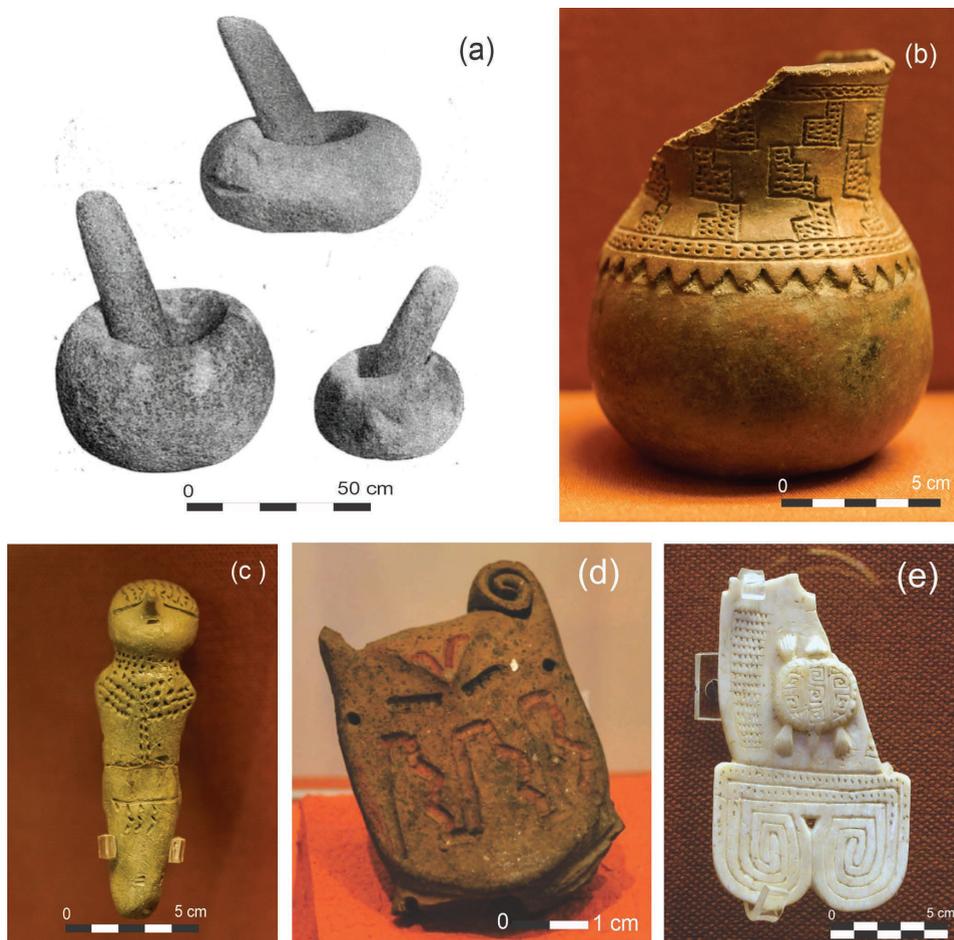
En una escala de elementos más pequeños y muebles, también era utilizada la acción de remover materia para producir objetos o darles propiedades particulares o, básicamente, hacer efectivas las cosas. Uno de ellos son los morteros móviles de piedra, de los cuales cabe destacar la técnica de manufactura y la selección de la roca de base. Se trata de morteros hechos sobre clastos globulares o subglobulares, de diversos tamaños, algunos bastante grandes y pesados, de aproximadamente entre 30 y 40 cm de diámetro, cuya superficie externa y forma se mantuvieron sin modificación aparente. Su técnica de manufactura consistía en la extracción del cuarto superior de la esfera, o una porción menor aún, probablemente con la técnica del acanalado perimetral y la voladura de la “tapa” por un golpe de percusión desde dicho surco (Schneider & Osborne, 1996) para luego ahuecar el espacio de molienda por piqueteo y frotado (incluso a veces presentan las superficies externas suavizadas también por frotado). El efecto que se lograba es el de un gran canto rodado, aparentemente sin modificación, que, si no posee la mano de moler en su interior o no está en uso, o uno no se halla lo suficientemente cerca, puede pasar desapercibido como un mortero (Figura 6a).

La remoción de arcilla en la terminación de objetos cerámicos también era otra práctica generalizada, y que utilizaba la generación de vacíos para lograr un efecto. Esta técnica la encontramos en incisiones y excisiones sobre la pasta fresca de piezas cerámicas, como jarras y ollas, formando motivos geométricos, de puntos, rayas y zig-zags, articulados en composiciones que resultan en un estilo muy identificatorio de la cerámica local. Incluso también se utilizó la incisión con una herramienta para hundir la pasta en el cuerpo de recipientes, logrando un sobre relieve que realza bandas transversales, sobre las cuales también se hicieron incisiones, y que produce un efecto visual como si hubiera habido remoción de masa (Figura 6b)<sup>7</sup>. Si bien se trata de otra materia y otra técnica en comparación con los petroglifos, la idea es la misma: extraer para destacar, crear figuras por pequeños vacíos o desplazamientos de materia.

Esos mismos motivos geométricos, realizados con la misma técnica, se hallan en otro elemento cerámico típico de la región: estatuillas antropomorfas (Figura 6c y 6d). Se trata de figurinas humanas, sin brazos y con solo insinuación de las piernas, de un estilo generalizado en común que las hace ver muy similares, y cuyos rostros y cuerpos se hallan cubiertos de incisiones formando motivos geométricos y, a veces, ilustrando ropa o collares (Laguens & Bonnin, 2023; Serrano, 1945). Aquí, de igual manera, incidir mediante la extracción de materia arcillosa logró destacar mediante su ausencia aquello que se quiere representar. En

el caso de los rostros, no solo los ojos y la boca se realizan por incisión de línea y las narices con dos orificios, sino que muchas de ellas tienen patrones que parecen reproducir tatuajes o pinturas faciales. También algunas presentan agregados al pastillaje, como trenzas, gorros o peinados, muchas veces también con incisiones, al igual que perforaciones laterales en la cabeza, a manera de orificios para aros o algún elemento que pendiera de allí. De manera

**Figura 6:** a) Morteros móviles en rodados con manos, procedencia Valle de Punilla, colección Museo de Antropologías UNC (tomado de Serrano, 1945, fig. 212); b) jarra con incisiones en el cuello y remoción de materia en el cuerpo; procedencia San Roque; colección Museo de Antropologías, UNC; c) estatuilla antropomorfa de cerámica, colección Museo de Antropologías, UNC; d) cabeza de estatuilla antropomorfa de cerámica, procedencia Soto, colección Daniel Terán; e) posible tortero de hueso, procedencia Sitio Los Molinos, colección Museo de Antropologías, UNC.



interesante, dichos patrones nunca se repiten en las miles de estatuillas que se conocen para la región, ya que no hay dos iguales. Es como si las marcas por extracción en la pasta fresca fueran definiendo a cada estatuilla de forma exclusiva, como si se tratase de alguien en particular, quizás una persona y, muy probablemente, muerta (González, 1943; Laguens & Bonnin, 2023; Pastor & Tissera, 2016). No se trataría entonces solo de una personificación, sino que también pudo ser una forma de hacer presentes las ausencias, donde encontramos nuevamente el juego entre lo que está y no está.

La misma técnica de remover material de la masa del cuerpo de un objeto se halla en artefactos en huesos, donde se utilizó la técnica de labrado y de excisión para lograr figuras en alto relieve, como es el caso de torteros (Figura 6e), espátulas y otros objetos hechos sobre huesos largos (Pastor & Moschettoni, 2018). En algunas ocasiones, también se realizó el calado del hueso para resaltar figuras, especialmente de animales. Muchos de esos labrados, a su vez, mediante incisiones, puntos y círculos dentro de campos geométricos, reproducen los mismos motivos que se encuentran en las piezas cerámicas y algunas estatuillas. En todos los casos, y al igual que en otros materiales, se utiliza el juego entre fondo y figura mediante la extracción de material para concretar los motivos.

Por último, cabe mencionar otra técnica alfarera que, si bien no es estrictamente por extracción de materia, sí tiene un efecto decorativo que se logra por un efecto en negativo, por ausencia de pasta. Nos referimos a una cerámica típica de la región, caracterizada por el uso de moldes de cestería y redes para su manufactura. A través de esta técnica se logra que en la superficie externa –y a veces en la interna– se halle fijada la impronta de la canasta o la red. Es un efecto logrado en base al desplazamiento de la pasta fresca, el que se produce en el contacto con los moldes, obteniéndose un efecto visual también mediante bajorrelieve (Abalos Luna, 2019). En algunos casos, las redes se sobre imponen a las cestas, ocultando parcialmente a las primeras. En otros, llamativamente, la impronta de la superficie exterior fue cubierta con una fina capa de arcilla, a la manera de un revoque, que hoy se descascara y permite descubrir las improntas de las cestas, en un juego que oculta o disimula lo que está, como si no estuviera, aunque se sabe que efectivamente está (Laguens, 2020). Cualquiera que sea el caso, una impronta, como una huella o el vestigio de un fósil, hace presente lo que no está, no como un índice, sino como una marca de su ausencia.

## **Superficies de ausencias**

En síntesis, nos encontramos ante un repertorio de situaciones y diferentes clases de cosas enlazadas entre sí por compartir modos de hacer que resultan claves, que reiteran y reproducen el concepto contenido en las acciones de quitar, remover, ahuecar, retirar, de

marcar la materia, y cuyo resultado es la producción de algo. Se trata en todos los casos de maneras de marcar la presencia de cosas utilizando la ausencia como recurso. Todo ello se ve enlazado entre sí por compartir una lógica en común, que es materializada a través de distintas prácticas y con distintos materiales. A la vez, se manifiesta en escalas físicas y temporales de distinto alcance (desde lo pequeño de una incisión en el rostro de una estatuilla o en un hueso, a aldeas completas de casas-pozos, y desde la inmediatez del gesto técnico, breve, casi inmediato, de incidir sobre la materia, a la media duración de las casas y la larga duración de los morterales).

Asimismo, es como si todos estos materiales diversos, más allá de su dureza relativa o resistencia física a ser incididos, fueran concebidos como maleables, capaces de ser intervenidos, de extraerles materia, de ser ahuecados, crear vacíos, como si todos ofrecieran superficies fluidas, blandas. Son superficies que –en distintas escalas– se tornan en espacios portantes, sea por su capacidad de ser modificadas, de alojar agujeros, huecos, de ser vaciadas o de quitarles partes. A su vez, vacíos que crean nuevas entidades con capacidades de contener o alojar –como los morteros, las casas, los silos, las vasijas con improntas tanto de por sí como recipientes y como urnas funerarias, y las mismas estatuillas antropomorfas, capaces de alojar individualidad, subjetividad; e incluso las oquedades con pinturas rupestres o los petroglifos, capaces de alojar sentidos, mensajes, experiencias sensibles. Es interesante que estos “vacíos” no indican en absoluto algo que falta o que fue quitado, sino que se tornan en una propiedad de la estructura de las cosas (Eidelsztein, 2011), también en relaciones vicarias entre algunas propiedades –entre ellos, los vacíos o ausencias– de esos materiales y las personas. Son “vacíos” que marcan una diferencia y generan así también sentidos y significados.

Planteamos en otro lado (Laguens, 2020) como estas diversas prácticas a las que nos venimos refiriendo, y sus manifestaciones materiales, se encadenan en campos referenciales (Jones, 2001), en una trama de referencias mutuas que vinculan modos de hacer compartidos entre varios materiales (y quizás con las personas mismas, si también tatuaban sus rostros y cuerpos, tal como en las estatuillas). Pero, aun así, compartiendo conceptualizaciones y modos de hacer, esto mismo marca diferencias según la escala o las posibilidades de movilidad. Mientras que la remoción de material en los elementos cavados en el paisaje –como las casas, los silos, las tumbas y los morteros– oculta, disimula o engaña a la vista, en los objetos móviles la remoción de materia marca, diferencia, identifica o pone en realce lo particular. Y si bien en el paisaje se trata aparentemente de “no incidir”, de no alterar a la vista, de disimular, y en los objetos se trata de lo contrario, de incidir para destacar, sin embargo, en ambas escalas la lógica es la misma: la de extraer, generando y usando vacíos para transformar y producir –que podemos sintetizar como creando *superficies de ausencias*.

De alguna forma, la práctica de la extracción que cruza todas estas superficies de ausencias, aún en actividades distintas, todas juntas están construyendo y renovando el mundo. Como veremos, hay una metafísica común que sugerimos subyace a estas prácticas: la de la inestabilidad, en la que la estabilidad se logra solo a través de una actividad adecuada y continua. No es de extrañar que los materiales con los que trabajaba la población local les sugirieran una lógica extractiva común, dadas las formas en que ciertas características de la roca, por ejemplo, generaban tal lógica. La excavación de la tierra o la incisión de una cerámica responden y refuerzan el mismo principio.

Surgen de todo lo anterior una serie de preguntas: ¿cuál es el sentido de la lógica de quitar para crear? ¿Cuál es su relación con el mundo local? ¿A qué se refieren estos campos referenciales compartidos? ¿Cómo entender la productividad de lo ausente? Preguntas que nos llevan a aproximarnos a todas esas cosas y materiales que venimos viendo desde su posible ontología. Hasta aquí las vimos desde las lógicas de las prácticas y de la materialidad; intentaremos ahora verlas desde la forma local de entender y estar en el mundo.

### **Estabilizando el mundo**

Dijimos arriba que la remoción de material en los elementos del paisaje parece ocultar, disimular o querer engañar a la vista, mientras que en los objetos muebles la remoción de materia marca diferencias o pone en realce aquello particular, compartiendo ambos la lógica de la ausencia para generar presencias. Y aunque usamos el término “ocultar”, que podría remitir a una actitud (o estrategia, en otros términos) de ocultamiento, consideramos que debemos pensar esta idea en términos relacionales, de manera más dinámica y fluida, y que se tratase más bien de una amalgama, una fusión o asimilación (que oculta en cuanto diluye, mezcla). Pero, aun así, se trata de una fusión con intersticios, donde si bien en parte las cosas se desdibujan y parecieran perder definición, como si los contornos se diluyeran, no es tanto. Es en esas fisuras que se van percibiendo, en la medida del acercamiento perceptual o sensorial a las cosas, donde se marcan las diferencias, donde se realzan las cosas por los vacíos, como cuando nos acercamos a un morteral, a un panel con petroglifos o cuando observamos de cerca los detalles particulares de cada estatuilla, o seguramente del mismo modo que lo experimentaría la gente en el pasado cuando iba llegando a los poblados. E incluso, más que disimular, de ocultar algo para que no se vea o para que parezca distinto de lo que es, o que sea menos perceptible, se trata de “simular”: hacer que algo aparente no estar cuando sí lo está (como las casas en el paisaje, los muertos en las casas), o dar la impresión de algo que no es, o se parezca a otra cosa, pretendiendo su similitud (como la alfarería que imita las cestas en su impronta, un morteral como una roca

sin mortero, los techos de las casas como parte de la cobertura vegetal, o las estatuillas que parecen todas iguales a simple vista). Debe quedar en claro que esa “apariencia” de ausencia no implica el desconocimiento de su presencia por parte de las personas que convivían con ellas, sino que incluso contrariamente, como ya dijimos, es una ausencia que refuerza su presencia, que simula su ausencia, pero no niega su presencia (Laguens, 2021). Simular también se trata de una forma de asimilación: de integrar una cosa en otra, de hacerla igual o parecida, de aproximar unas cosas con otras. Es una forma de manejar intencionalmente la ambigüedad.

Esa asimilación disimulada de las cosas en el caso del paisaje pareciera tratarse, o podría ser entendido, como un “respeto” por el medio: una intención de mantener un equilibrio en la ecología del mundo. A escala de los objetos móviles, el marcar las ausencias mediante presencia materiales, como las cestas convertidas en cerámica, las estatuillas en referencia a muertos, podría tratarse de una intención de mantener lo perecedero a través de lo durable (Laguens, 2020). Es claro que se trata de una visión que plantea un mundo ahí afuera, inanimado, donde las relaciones de los humanos con éste, en todo caso, lo cargan de sentidos en la interacción, lo pueden animar, y donde ambas partes se modifican mutuamente como dos entidades en contacto.

Pero ¿qué pasa si pensamos a ese mundo animado por sí? ¿Qué pasa si a la vitalidad de la materia le sumamos la vitalidad propia de la animación del mundo? ¿Qué pasa si las personas y las entidades del mundo no son tan distintas? Puede parecer una suposición arriesgada, pero tan arriesgada como afirmar positivamente que el mundo es inanimado. Pensar el registro arqueológico desde este punto de vista nos puede abrir a nuevos entendimientos, así como ayudar a responder las preguntas que formulamos arriba. Desde allí vamos a experimentar con la teoría considerando al mundo y sus cosas como animadas, y tomaremos al perspectivismo en particular como un marco teórico con el cual dialogar en esta experiencia de pensamiento (Viveiros de Castro, 2010). Hemos indagando en otro lado la posibilidad de entender al registro arqueológico de las sociedades pre coloniales de la región desde una ontología perspectivista, con la idea no solo de experimentar con esta forma de pensamiento, sino también intentar hacer una arqueología más situada, más próxima a lo que pudo haber sido el mundo de estas sociedades en el pasado (Laguens, 2020).

Desde esta mirada, esa supuesta búsqueda de equilibrio ecológico que mencionamos arriba podría ser justamente lo opuesto, si pensamos que no se trata de un mundo en equilibrio sino de un mundo sustantivamente inestable, al que hay que fijar, estabilizar, como plantean el perspectivismo sudamericano y otras ontologías animistas. Estas ontologías plantean un entendimiento del mundo como intrínsecamente inestable; un mundo que está habitado por cosas y seres animados, con subjetividad e intenciones que, en el caso

del perspectivismo, se pueden transformar incluso en otros humanos, lo que convierte al mundo en un lugar peligroso, angustiante (Alberti, 2007; Viveiros de Castro, 2010). Y si bien se podría pensar la estabilización como la búsqueda de un equilibrio, se trata más bien de formas de resolver las tensiones en un mundo de relaciones, co-habitado por otros posibles pares no humanos. Habitar un mundo poblado de otros entes no humanos con capacidades subjetivas es co-habitar y relacionarse con esos otros de manera social, no ambiental ni económica.

Pero volvamos a las rocas con morteros, recordemos su vitalidad, sus huecos y su devenir como morterales, que ya no están en un paisaje, sino que pueblan el mundo local junto con otros entes, algunos de los cuales pueden tener animación, ser sujetos, tal como estas mismas rocas, tanto como rocas con morteros o antes de ser tales. Si consideramos a la roca original, sin huecos, con sus propiedades materiales y su emplazamiento, surge la cuestión de cómo sus mismas propiedades materiales y sus relaciones causales vicarias con los humanos pudieron participar en el mundo de aquellas sociedades originarias.

Una característica general de las cosas con animación son sus posibilidades de incidir sobre las personas, tanto para bien como para mal, dependiendo en gran parte de cómo se las trate. Rocas con una fuerza vibrante, con cualidades que pudieron exceder a sus humanos coetáneos, pueden tornarse en algo peligroso si no se las cuida, o si de alguna manera no se controla su subjetividad al relacionarse con ellas. A su vez, una roca animada puede atraer, invitar a una relación, así como desafiar a las personas e incitar a prácticas particulares, como esquivarla en el transitar por el lugar, no mirarla, o al revés, relacionarse con ella y en cierta forma “domesticarla”, hacerla amigable. Postulamos que una forma de hacer esto último, fue incidir sobre la roca, ir generando ausencias o vacíos sobre su cuerpo, ir haciendo huecos (o morteros) que implicaron una forma de relacionarse a través de la cual hacer efectiva cierta estabilización de la roca, quizás incluso, quitándole su subjetividad, des-subjetivizándola (Alberti, 2012; Laguens, 2022), convirtiéndola en un objeto; en definitiva, tornando a la roca en algo que hoy entendemos como mortal. Como dijimos al inicio, no es que las personas actuaran sobre una roca inerte cuyas propiedades facilitaron la realización de morteros –a la manera de *affordances* gibsonianas (Ingold, 2012)– donde la conjunción con la percepción e intención, junto a las acciones humanas, causaron que las rocas fueran convertidas en morterales. Se trata, en cambio, de una forma de relación donde algunos elementos de ambas partes se ven involucrados y fusionados activamente en la generación de una nueva entidad, que puede ser tanto una roca-con-morteros como, más apropiadamente, una roca-con-morteros-y-personas.

También podemos considerar que se trata de una nueva roca-persona, diferente a la que ésta pudo ser antes en su propia animación, más allá de la relación de intervención humana en ella. Este concepto de roca-persona remite a la alternativa de pensar cómo

la práctica de remoción de material de la masa pétreo, en forma análoga a la de las marcas e incisiones de los cuerpos de las estatuillas, van constituyendo a esos objetos, si no con propiedades humanas, al menos con capacidades de relacionarse de maneras más consonantes entre humanos y no humanos en tanto pares, como pueden ser la comensalidad, la afinidad, la crianza y el cuidado, o incluso la depredación, manteniendo su animación original<sup>8</sup>.

Si los huecos fueron usados como morteros (como habitualmente se sostiene y probablemente así lo hayan sido), las rocas-con-morteros-y-personas son agentes transformadores, a través de una relación de recibir y dar que puede asimilarse a una reciprocidad. Las rocas alojan a los huecos que reciben materiales para moler, triturar, machacar, básicamente fragmentando aquello que se incorpora. Tienen capacidad de recibir, de acoger, así como de brindar lo transformado, ya sea como alimentos, como sustancias vegetales u óseas machacadas, quizás medicinales, o como minerales convertidos en pigmentos y pinturas. Se trata de una cadena de relaciones y transformaciones, que se inician desde su génesis como rocas con morteros mediante el cavado o remoción de material, para pasar luego a brindar posibilidades de acoger, recibir y transformar, para finalmente ser vaciadas de su contenido ya modificado, en ciclos de diferente ritmos y repetición. Es más, puede tratarse no solo de una relación de reciprocidad, sino también de comensalidad: la roca, los morteros, son “alimentados” con los productos a moler y devuelven comida digerible o productos consumibles, como medicinas o pinturas. Incluso, si pensamos en las otras cosas generadas por remoción, también tienen capacidades de acoger, de transformar y brindar: las casas mismas como contenedores del despliegue de la vida misma y sus transformaciones, los silos que guardan y luego brindan de manera diferida su contenido conservado y transformado en alimento, las tumbas que acogen y transforman los cuerpos, y hasta las piezas de cerámica con improntas e incisiones, algunas de cuyas formas evertidas, no solo recogen sino que también brindan, ofrecen.

No nos arriesgamos a decir que también se tratase de una relación de “cuidado” de la roca, o de “crianza”, aunque es sugerente que los huecos en distinto grado de manufactura y de desgaste se deban a una progresión y reiteración de los mismos procedimientos de ahuecado a lo largo del tiempo, como si su cualidad de morteral estuviera siempre en desarrollo y reafirmación. Esto puede ser compatible con una idea de permanente mantenimiento de la roca como tal, de cuidar su cualidad como piedra-con-morteros-y-personas y su duración o vigencia en el tiempo, cuidando también de no dejarla abandonada o darla por terminada, por ya “crecida”, por decirlo en otros términos.

Como ya señalamos, dichas relaciones de las personas con la roca, no solo la convirtieron vicariamente en otra cosa, como vimos arriba, sino que su modificación pudo tener un efecto de subjetivación controlada o de objetivación parcial (Alberti, 2012): lograr

que un ente con subjetividad sea objetivado, se torne en un objeto (y en cuyo caso, las relaciones de los humanos con éste pueden ser distintas). Un efecto de esa des-subjetivación es evitar que las rocas sigan siendo seres peligrosos y, además, estabilizarlas en un solo modo de existencia. En el caso particular de los morterales de Chihime Sei, se hallan al pie de un sitio de vivienda ubicado en la parte alta de una barranca, a muy pocos metros, por lo cual su convivencia pudo haber sido muy riesgosa si la piedra conservaba su animación. En otros sitios de la región más al Norte se hallan morterales similares, y se los considera vinculados con vías de tránsito (Pastor, 2015) hacia la región del Noroeste y Centro-Oeste Argentino, como son las provincias de La Rioja y San Juan. Allí también se hallan en gran número de morterales a lo largo de vías de comunicación, asociados también con petroglifos y cursos de agua, en lugares que funcionaron como trayectos para travesías, incluso hasta épocas históricas (Falchi et al., 2015; Podestá et al., 2011). Es común que estas vías de tránsito estén pobladas de entes con animación, quienes son peligrosos, como sucede con las puertas o *punkus*, lugares de acceso a otros mundos o al infra mundo (Cruz, 2006), y con las cuales se tiene una relación especial de respeto y cuidado, de las cuales hay varias en nuestra región de estudio (Fernández & Caminos, 2017). De manera análoga, las rocas destacadas en el paisaje, con sus propiedades materiales y animación, de por sí pueden haber sido lugares peligrosos en los caminos y que, de alguna manera, debían ser controladas, razón por lo cual quizás fueran des-subjetivadas practicando de manera reiterada huecos en su masa pétreo, a la vez de mantenidas a través de relaciones de reciprocidad o comensalidad, aspirando a lograr así su estabilidad.

Esta misma disposición en las relaciones con las cosas hacia la estabilidad, así como en su manufactura y uso, que pudieron estar vigentes en las rocas con morteros, encuentran su replicación en las relaciones con las otras cosas que venimos analizando. Como dijimos, se trata de un mundo inestable, donde son necesarios ciertos anclajes para mitigar esa inestabilidad crónica, donde todo puede ser o convertirse en un Otro. Algunos autores sostienen que, ante un mundo dinámico, que pudo haberse vivido en la experiencia como que nada es fijo, que todo es cambiante e inestable, justamente una forma de contrarrestar esa inestabilidad crónica es fijar las cosas a través de la cultura material, de los objetos (Alberti, 2007; Lagrou, 2007). Tatuado los cuerpos es identificarlos y lograr que no cambien, copiar las cestas en arcilla y fijar las formas de las redes en objetos sólidos es lograr su estabilidad, repintar los motivos rupestres, o hacer durante siglos las mismas cosas en el mismo morteral es aparentar que nada cambia, que el tiempo no pasa, y que nada es alterado. Pero también, bajo otra forma, y pese a haber hecho numerosos huecos en el paisaje para hacer las casas, haber pintado cada hueco de los *taffoni*, haber perforado el suelo para guardar semillas y llenado las rocas de agujeros, aparentando que el paisaje no se modificó, que las cosas no están aunque estén, es una forma de tratar que todo siga tan

estable como venía a través de lo material, evitando alterar al mundo de manera conspicua y así correr el riesgo de hacer más inestable aquello que de por sí ya lo es.

Claro que nada garantiza que lo material sea estable (lo que sería una afirmación dualista: ante un mundo natural, cambiante, inestable, desafiante, habría una cultura material que fija, que estabiliza, que brinda seguridad ontológica). Pero si el mundo es básicamente inestable, lo es el mundo entero, incluso las cosas, como sostiene Alberti (2014), siguiendo a Ingold (2007). Entonces no podemos decir simplemente que los huecos en los morteros estabilizan la roca, o una vasija con molde estabiliza a objetos que son intrínseca y perceptiblemente inestables o cambiantes, tales como una cesta; o que una estatuilla brinda duración a una persona muerta. Por cierto, puede ser, como venimos sosteniendo; pero es más a la vez. Si esas cosas en sí mismas también son inestables y están sujetas a las mismas posibilidades de transformación del mundo, la clave entonces está en las prácticas: se trata de prácticas estabilizadoras (Alberti, 2014). Las cosas son potencialmente tan inestables como el mundo. Por eso hay que mantenerlas (hacer siempre nuevos morteros), cuidarlas (repintar), hacerlas más duraderas (como las vasijas), hacer objetos miméticos de aquellos que no están, reiterar los usos en los mismos lugares (seguir haciendo nuevos huecos en las rocas, moler en los mismos morteros, almacenar en los mismos sitios, vivir por generaciones en las mismas casas), citar, referenciar, hacer que las cosas no se revelen, desactivar o disminuir su animación, etc.; esto es, ejecutar prácticas socio-materiales apuntando a la estabilidad y la perduración, enlazado todo por principios relacionales en las interacciones entre las personas, las cosas y el mundo que hallamos congruentes con una de las premisas perspectivistas básicas: la inestabilidad intrínseca del mundo (Laguens, 2020).

Es interesante observar que los morteros nunca parecen estar completos, siempre hay huecos a medio hacer y otros muy incipientes, levemente insinuados, quizás porque nunca hubo intención de completarlos, sino que participaran continuamente en aquellas prácticas. Es claro que su formación progresiva o permanente no responde a un modelo hilemórfico (la idea de construir un mortero para moler, reunirse, etc.), sino que es algo que va desarrollándose permanentemente en el hacer (Alberti, 2012), por un lado. Por otro, es claro que su meta no sería completarlo en un acto, sino participar con continuidad en actos y prácticas que reiteran modos de hacer. Son modos de hacer que, en la rutinización de la vida, reafirman distintos sentidos, entre ellos algunos de pertenencia e identidad, pero que sobre todo dan a la par seguridad ontológica en cuanto las cosas siguen siendo como eran o como son, dando una sensación de estabilidad (Laguens, 2014). Y, justamente, se trata de una “sensación” de estabilidad, de una apariencia a la que contribuye la dura materialidad de la roca, porque nunca están completos, estabilizados (en los términos de Bruno Latour). Se podría decir que, aun en su fijación en la roca, en su inmovilidad, las

piedras con morteros son “semi sólidos”: en cierta medida fijan, coagulan acciones, actos, prácticas y sentidos del mundo en la roca, pero a través de su estado dinámico (Alberti, 2012). Paradójicamente, y en concordancia con lo que vimos arriba, su incompletitud es una inestabilidad que estabiliza.

### **Volviendo brevemente a la materia**

Fuimos de la materialidad de la roca que nos excedía, desde su vibrancia y de sus relaciones y causalidad vicarias a las relaciones con otros aspectos de las sociedades locales y las formas de entender el mundo, las lógicas y principios involucrados en las prácticas de extraer y crear en torno a las ausencias, llegando a la posible cosmología local de un mundo cuya inestabilidad intrínseca debe ser mitigada. Dijimos que se trataba de una materialidad que materializaba, y paradójicamente, a través de superficies de ausencias. Pero materializaba no creencias o ideologías, sino en todo caso una forma de entender y estar en el mundo; e, incluso, hasta de cómo se constituye el mundo: sin alterarlo aparentemente, para abajo, construyendo extrayendo, socavando, ahuecando. Y no solo a través de relaciones causales vicarias con piedras con morteros, sino junto con muchas otras cosas que, como vimos, no solo participaban en campos referenciales en común, sino –y sobre todo– compartían esos actos técnicos que son equivalentes ontológicos (Alberti, 2012). Ahuecar, vaciar, son actos transformativos, ontológicos, de un proceso continuo de hacer y renovar el mundo, de vivir en él.

En esta clave, no podemos dejar de considerar el hoy, a partir de la relación que algunas de las comunidades indígenas locales entablan actualmente con este tipo de registro arqueológico, como sucede en el caso de la Comunidad Comechingona “Toco-Toco” de Cruz del Eje, localidad próxima a Villa de Soto. Desde hace algunos años, morterales similares presentes en esa zona se han convertido en un escenario de celebración anual de sus “algarrobeadas” o “juntas”: celebraciones comunitarias en las que, entre otras actividades, recrean actividades de recolección y molienda de frutos de algarrobos (*Prosopis* sp.) en ceremonias comunitarias periódicas, tal como las descritas por los españoles en los primeros años de la conquista (Castro Olañeta, 2006; Farberman, 2005). Estos mismos morterales, según fuentes etnohistóricas, siguieron funcionando como tales hasta mucho tiempo después de entrada la conquista cuando se generalizó el uso de molinos hidráulicos (Piana, 1992). Luego de un largo período de tiempo en el que existieron obsoletas u “olvidadas”, hoy volvieron a cobrar su fuerza vital al calor de los procesos de re-emergencia étnica en Córdoba de este siglo. Convertidos ahora en lugares nuevamente de contención y lugares de memoria, hoy las comunidades locales rememoran las “juntas” y “algarrobeadas” de los relatos etnohistóricos y re-ensamblan los morterales usando manos de molienda

arqueológicas, también haciendo presente a sus antecesores ausentes e invisibilizados. Los morterales son dotados así nuevamente de sentido, afectividad y potencia política. Todo ello podría estar revelando una propiedad sensorial más de su propia materialidad, latente pero siempre presente, relativa a una lógica relacional estrechamente ligada a la inscripción de la memoria. Esto resalta que sus propiedades funcionales son, y pudieron haber sido, tan importantes como las demás dimensiones afectivas y políticas que emergieron (y emergen) de la potencia vital de estas superficies de ausencias como ensambles y de su devenir como materia vibrante.

## Agradecimientos

Esta investigación contó con el apoyo financiero de un subsidio Consolidar 2018-2021 de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Agradecemos a los integrantes del Proyecto Soto que participaron en esta investigación y al Museo Comunitario de Villa de Soto por el apoyo para llevar a cabo el proyecto. Agradecemos a la ceramista Sandra Reyna por compartir su experiencia y conocimientos sobre alfarería indígena.

## Notas

- 1 Optamos por denominarlas como “piedras con morteros” por un sentido práctico, sin connotaciones funcionales, sino aceptando el término “morteros” como un vocablo de uso común y generalizado que, descriptivamente, remite a este tipo de manifestación, más allá de la dimensión funcional usualmente asociada o de otras interpretaciones posibles, y que resulta operativo como metadato descriptivo. El concepto de cúpula, o cupuliformes, podría ser otro término que las abarque, incluso libre de connotaciones funcionales, así como otros términos de uso común, como piedras tacitas, huecos, hoyos, cavidades. Localmente son conocidas hoy en la región como “morterales”, un término que también nos resulta apropiado para su denominación y también usaremos aquí.
- 2 En una versión anterior de este trabajo presentado en un congreso internacional (Laguens et al., 2021) nos referimos a este acto de producir huecos como una “forma de crear negativamente”. El comentario de una asistente al evento –a quien agradecemos– observando la carga simbólica de utilizar la idea de algo “negativo” para otras sociedades nos hizo reflexionar sobre el concepto, y decidimos repensar lo planteado.
- 3 “la Casa vieja u hoyo que se la había mostrado al Teniente de Gobernador, era la casa vieja y asiento donde estuvo el padres de Tullunave...y que allí murió y está enterrado” (Cabrera, 1931, p. 114). (Documento del Archivo Histórico Provincial de Córdoba, AHPC, escr. 1, leg. 4, exp. 11).

- <sup>4</sup> En 1571, dos años antes de la fundación de la ciudad de Córdoba, refiriéndose a los Comechingones, Diego Fernández dice: “viven estos indios en cuevas debajo de la tierra, de suerte que, aunque lleguen a los pueblos, no se parecen sino por los maizales” (Tomado de Serrano, 1945, en: Fernández, Diego. Primera parte de la Historia del Perú, t. II, Edición de la Biblioteca Hispánica, Madrid, 1914, p. 30).
- <sup>5</sup> Según Serrano (1945, p. 324), en sanavirón, la lengua de los habitantes del Norte de la Provincia de Córdoba, y basándose en la Historia del Paraguay del Padre Guevara [1764] sostiene que *comechingón* significa “cavernas subterráneas”. Guevara dice “llamándose los indios de Córdoba Comechingones por las cuevas en que habitan” (Guevara 1882, p. 306) Serrano lo asocia también con la palabra *chinca* en quechua, que según Lafone Quevedo (1898) en Tesoro de Catamarqueñismos, significa perderse, esconder, y donde el vocablo *chingana* o *chinga* encierra la idea de oculto, escondido (Serrano 1945, p. 324). Otra pista interesante la constituye la recuperación que hace Kusch (1976) del vocabulario kechua del Peru realizada por el sacerdote jesuita González Holguín para quien *uk’u* significa no solo “cavidad”, sino también “adentro”, “profundo”, “interior” y, ante todo, “cuerpo”.
- <sup>6</sup> “...también se sustentan de grandísima suma de algarroba, la cual cogen por los campos todos los años al tiempo que madura y hacen della grandes depósitos:... pasan sus necesidades con esta algarroba...” (Bárzana, 1885, p. LIX). Quizás la denominación de Toco-Toco pueda hacer referencia a estos hoyos y no a las casas.
- <sup>7</sup> Agradecemos a la ceramista Sandra Reyna, de la ciudad de Córdoba, la información al respecto de esta técnica de manufactura.
- <sup>8</sup> A este respecto, cabe señalar una referencia a las posibilidades de animación de las rocas con morteros a través de un relato de Lafone Quevedo, transcrito por Lehmann-Nitsche (quien los denomina “morteros vecinales”) donde describe la actitud de respeto de las personas a las rocas con morteros antes de moler y de evitar el daño, y que se practicaba en Catamarca al menos hasta principio del siglo XX. Dice Lafone Quevedo: “después de una invocación al dios del mortero, para que no les suceda la desgracia de molerse los dedos, comienzan á golpear el maíz con la piedra hasta que queda bien pelado” (Lehmann-Nitsche, 1903, p. 220).

## Referencias citadas

- Abalos Luna, M. (2019). De cestos y arcillas. Un acercamiento a la producción cerámica y cestería de las sociedades agroalfareras de la región de Villa de Soto, Córdoba. *Libro de Resúmenes del XX Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (pp. 1506-1508). Universidad Nacional de Córdoba.
- Adams, J. L. (2014). *Ground stone analysis: a technological approach*. The University of Utah Press.
- Alberti, B. (2007). Destabilizing meaning in anthropomorphic forms from Northwest Argentina. *Journal of Iberian Archaeology*, 9-10, 209-229.

- Alberti, B. (2012). Cut, Pinch and Pierce. Image as Practice among the Early Formative La Candelaria, First Millennium AD, Northwest Argentina. En I.-M. Back Danielsson, F. Fahlander e Y. Sjöstrand (Eds.), *Encountering Imagery. Materialities, Perceptions, Relations* (pp. 13-28). Stockholm University.
- Alberti, B. (2014). Designing body-pots in the Early Formative La Candelaria Culture, Northwest Argentina. En E. Hallam y T. Ingold (Eds.), *Making and Growing: Anthropological Studies of Organisms and Artefacts* (pp. 107-126). Ashgate.
- Babot, M. del P. (2017). Morteros de Argentina. Miradas desde y hacia la arqueología de los siglos XIX y XX y prospectos para futuros estudios. En C. Belmar, L. Contreras y O. Reyes (Eds.), *Actualizaciones en el estudio de piedras tacitas: nuevas perspectivas* (pp. 39-65). Serie monográfica 6, Sociedad Chilena de Arqueología.
- Bárzana, A. (1885). Carta del P. Alonso de Bárzana, de la Compañía de Jesús, al P. Juan Sebastián, su Provincial. *Relaciones Geográficas de Indias*, España, Ministerio de Fomento (pp. LII-LXVI). (Original publicado en 1594).
- Berberián, E. (1984). Potrero de Garay: una entidad sociocultural tardía de la región serrana de la provincia de Córdoba. *Comechingonia*, 2(4), 1-42.
- Cabrera, P. (1931). Córdoba del Tucumán prehispana y protohistórica. *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, 18(7-8), 26-141.
- Castro Olañeta, I. (2006). *Transformaciones y continuidades de sociedades indígenas en el sistema colonial. El pueblo de indios de Quillino a principios del siglo XVII*. Alción Editora.
- Fundación Universitaria Gestión Humana. (2015). Estudio para el desarrollo económico del noroeste de la provincia de Córdoba mediante la explotación de su potencialidad cultural y turística del: "Departamento Minas". Consejo Federal de Inversiones. <https://docplayer.es/56661215-Provincia-de-cordoba-cfi.html>
- Coole, D. & Frost, S. (2010). *New materialisms: ontology, agency, and politics*. Duke University Press.
- Cruz, P. (2006). Mundos permeables y espacios peligrosos. Consideraciones acerca de punkus y qaqaqas en el paisaje altoandino de Potosí, Bolivia. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 11(2), 35-50.
- Eidelsztein, A. (2011). Lo Simbólico de J. Lacan, o la función del agujero. *El Rey está desnudo*, 3(4), 1-9.
- Falchi, M. P., Podestá, M. M., Rolandi, D. S. & Torres, M. A. (2015). Grabados rupestres en el desierto rojo, Los Colorados (La Rioja, Argentina). *Mundo de Antes*, 8, 105-130.
- Farberman, J. (2005). *Las salamancas de Lorenza. Magia, hechicería y curanderismo en el Tucumán colonial*. Siglo XXI Editores.
- Fernández, M. & Caminos, M. E. (2017, 19 de septiembre). *Desandando caminos, tras las huellas de antiguos tránsitos en el paisaje serrano del norte y noroeste de Córdoba, Argentina*. [Ponencia]. XII Jornadas de Investigadores en Arqueología y Etnohistoria del Centro Oeste del país,

Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto, Argentina.

- Gell, A. (1998). *Art and Agency. An Anthropological Theory*. Clarendon Press.
- Giovannetti, M. (2009). Los morteros múltiples en el Noroeste Argentino: un enfoque interregional. En A. Austral y M. Tamagnini (Eds.), *Problemáticas de la Arqueología Contemporáneas*, Tomo III (pp. 773-782). Editorial Universidad Nacional de Río Cuarto.
- González, A. R. (1943). Figuras antropomorfas de los paraderos indígenas de Córdoba. *Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro*, Tomo I (pp. 159-180). Universidad Nacional de Córdoba.
- Guevara, J. (1882). *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Editorial Ostwald.
- Guraieb, A. G., Rambla, M. & Carro, D. (2016). Las estructuras de molienda de la localidad el Chiflón-Punta de la Greda en un marco regional. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 25(1), 34-55.
- Harman, G. (2005). *Guerrilla Metaphysics. Phenomenology and the Carpentry of Things*. Open Court Publishing.
- Harman, G. (2007). On Vicarious Causation. *Collapse: Journal of Philosophical Research and Development*, 2, 187-221.
- Harman, G. (2018). *Speculative Realism. An Introduction*. Polity Press.
- Heider, G. (2020). Los hornillos de tierra cocida en las travesías de San Luis (Argentina). Primeros aportes para una propuesta funcional. *Intersecciones en Antropología*, 21(2), 119-130.
- Ingold, T. (2007). Materials against materiality. *Archaeological Dialogues*, 14(1), 1-16.
- Ingold, T. (2012). Toward an Ecology of Materials. *Annual Review of Anthropology*, 41, 427-442.
- Jones, A. (2001). Drawn from Memory: The Archaeology of Aesthetics and the Aesthetics of Archaeology in Earlier Bronze Age Britain and the Present, *World Archaeology*, 33(2), 335-357.
- Kusch, R. (1976). *Geocultura del hombre americano*. Fernando García Cambeiro editorial.
- Lafone Quevedo, S. A. (1898). *Tesoro de catamarqueñismos: Nombres de lugares y apellidos indios. Con etimologías y eslabones aislados de la lengua cacana*. Coni e hijos.
- Lagrou, E. (2007). *A fluidez da forma: arte, alteridade e agência em uma sociedade amazônica*. TopBooks.
- Laguens, A. (1993). Locational Structure of Archaeological Underground Storage Pits in Northwest Córdoba, Argentina. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, 3, 17-33.
- Laguens, A. (1999). *Arqueología del contacto hispano indígena. Un estudio de cambios y continuidades en las sierras centrales de Argentina*, BAR Series 801. John & Erica Hedges, Ltd.
- Laguens, A. (2014). *La rutinización de las prácticas materiales, la memoria social y la cimentación del habitar en el devenir del poblamiento inicial del centro de Argentina*. [Ponencia]. C. López, M. Cano y J. Jiménez (Coord.) VI Simposio Internacional: El Hombre Temprano en América,

INAH, México.

- Laguens, A. (2020). Objetos durables, mundos inestables: Modos de hacer y prácticas referenciales en las sociedades precoloniales de la región de Soto, Córdoba, Argentina. *Anales de Arqueología y Etnología*, 75(2), 183-312.
- Laguens, A. (2021). Rematerializando ausencias: contar la desaparición forzada de personas desde el registro arqueológico en ex centros clandestinos de detención en Córdoba, Argentina. *Anuario de Arqueología*, 13, 7-27.
- Laguens, A. (2022). Situando miradas: una experiencia de pensamiento perspectivista en torno a las vasijas antropomorfas tricolores Aguada de Ambato (Catamarca, Argentina, siglos VI-XI d.C.). *Arqueología*, 28(2), 1-22.
- Laguens, A. & Bonnin, M. (1987). Espacio, paisaje y recursos. Estrategias indígenas alternativas y complementarias en la cuenca del río Copacabana (Dto. Ischilín, Córdoba, Arg.). Sitio El Ranchito: 1000 a.C.-1600 d.C. *Publicaciones del Instituto de Antropología*, XLV, 75-101.
- Laguens, A. & Bonnin, M. (2023). *Sociedades indígenas de las Sierras Centrales. Arqueología de Córdoba y San Luis*. 2da Edición. Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba.
- Laguens, A. & Fernández, M. (2022). La piedra con morteros de La Toma, Villa de Soto, Córdoba, como un espacio de contención arqueológico. *Revista Sociedades de Paisajes Áridos y Semiáridos*, 16, 78-105.
- Laguens, A., Alberti, B. & Fernández, M. (2021). Ni morteros, ni paisajes, ni monumentos: habitando negativamente el mundo en tiempos precoloniales en las Sierras de Córdoba, Argentina. *Libro de resúmenes del XXII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, 6-7. Sociedad Chilena de Arqueología.
- Laguens, A., Bonnin, M., Abalos Luna, M., Cruz, C., Fernández, M., Mancini, C., Ochoa, S., Pesci, A. & Quintero, M. C. (2022). Re-ensamblando la arqueología de Chihimi Sei (Valle de Soto, Córdoba): excavaciones en el Sitio Sara Olga 1. *Revista Sociedades de Paisajes Áridos y Semi-Áridos*, 16, 42-76.
- Lehmann-Nitsche, R. (1903). Los 'morteros' de Capilla del Monte (Córdoba): contribución a la arqueología argentina. *Revista del Museo de La Plata*, 11, 215-221.
- Medina, M. (2015). Casas-pozo, agujeros de postes y movilidad residencial en el periodo Prehispánico tardío de las Sierras de Córdoba, Argentina. En J. Salazar (Ed.), *Condiciones de posibilidad de la reproducción social en sociedades prehispánicas y coloniales tempranas en las Sierras Pampeanas (República Argentina)* (pp. 267- 301). Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos Segretti.
- Montes, A. (1950). Nomenclador cordobense de toponimia autóctona. *Anales de Arqueología y Etnología*, 11, 23-114.
- Ochoa, G. S. (2009). *Representaciones rupestres en el noroeste de la Provincia de Córdoba: Análisis de las representaciones rupestres y valoración patrimonial de Charquina*. [Tesis de grado no

- publicada, Universidad Nacional de Córdoba].
- Olivier, L. (2011). *The Dark Abyss of Time: Archaeology and Memory*. AltaMira Press.
- Páez, F. N., Berón, M. A., Lucero, E. N. & Carrera Aizpitarte, M. P. (2020). Análisis formal del mortero múltiple ubicado en Cerro de los Viejos (Departamento Caleu Caleu), La Pampa, Argentina. *Revista del Museo de Antropología*, 13(1), 95-104.
- Pastor, S. (2015). Acerca de la constitución de agentes sociales, objetos y paisajes. Una mirada desde las infraestructuras de molienda (Sierras de Córdoba, Argentina). En J. Salazar (Ed.), *Condiciones de posibilidad de la reproducción social en sociedades prehispánicas y coloniales tempranas en las Sierras Pampeanas (República Argentina)* (pp.302 -341). Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos Segretti.
- Pastor, S. & Tissera, L. (2016). Géneros rituales: Figuras sexuadas en cerámica y arte rupestre de las Sierras de Córdoba (Argentina). *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 24(2), 63-86.
- Pastor, S. & Moschettoni, L. (2018). Prácticas inhalatorias y redes de interacción. Análisis de espátulas óseas del centro de Argentina. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 23(1), 101-115.
- Piana, J. (1992). *Los indígenas de Córdoba bajo el régimen colonial (1570-1620)*. Dirección General de Publicaciones, Universidad Nacional de Córdoba.
- Podestá, M. M., Re, A. & Romero, G. (2011). Visibilizando lo invisible. Grabados históricos como marcadores idiosincráticos en el camino de los arrieros de Ischigualasto. En L. Núñez y A. Nielsen (Eds.), *En ruta: arqueología, historia y etnografía del tráfico surandino* (pp. 341-372). Encuentro Grupo Editor.
- Ponzio, A. (2018). Rocas con cúpulas en el sur de la Sierra de Comechingones. Una revisión bibliográfica. *Revista de Sociedades de Paisajes Áridos y Semiáridos*, 16, 78-95.
- Recalde, A. (2009). Diferentes entre iguales: el papel del arte rupestre en la reafirmación de identidades en el Sur del Valle de Guasapampa (Córdoba, Argentina). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 14(2), 39-56.
- Recalde, A. & Pastor, S. (2012). Contextos “públicos” y “privados” para la ejecución del arte rupestre en el valle de Guasapampa (Córdoba, Argentina). *Latin American Antiquity*, 23(3), 327-345.
- Relación Anónima. (1998). Relación de la tierra nueva que don Jerónimo de Cabrera, gobernador de Tucumán, descubrió en aquella provincia. En Segretti, C. (Ed.), *Córdoba ciudad y provincia [Siglos XVI al XX], según relatos de viajeros y otros testimonios Córdoba, ciudad y provincia*. Centro de Estudios Históricos de Córdoba. (Original de 1573).
- Rocchetti, A. M. (2012). Petroglifos de la comarca de Achiras, Provincia de Córdoba. *Anuario de Arqueología*, 4, 181-192.
- Schneider, J. S. & Osborne, R. H. (1996). A model for the production of portable stone mortars and bowls. *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly*, 32(4), 27-40.

- Serrano, A. (1945). *Los Comechingones*. Imprenta de la Universidad Nacional de Córdoba.
- Troncoso, A., Pino, M. & Belmar, C. (2017). Piedras tacitas, practicas socio-espaciales, comunidades y paisaje en la cuenca hidrografica del rio Limari (norte semiárido, Chile). En C. Belmar, L. Contreras y O. Reyes (Eds.), *Actualizaciones en el estudio de piedras tacitas: nuevas perspectivas* (pp. 67-92). Serie monográfica 6, Sociedad Chilena de Arqueología.
- Viveiros de Castro, E. (2010). *Metafísicas Caníbales: Líneas de Antropología Postestructural*. Katz Editores.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución -NoComercial -CompartirIgual 4.0 Internacional.